

EXILIOS, BENEDETTI Y BIBLIOTECAS

Catalina Naumis Peña*

Resumen

Las dictaduras militares de América Latina en el siglo XX se caracterizaron por la persecución de intelectuales que culminaron, la mayoría de las veces, en un exilio, donde en general prosiguieron con las actividades que comparte este grupo social: el trabajo intelectual que se apoya en un conocimiento generado con anterioridad. Uruguay no fue la excepción y Mario Benedetti como escritor fue uno de los que debió abandonar el país, dejando sus instrumentos de trabajo: los libros. Sin duda, la biblioteca privada para el escritor era una fuente de creación literaria y para los gobiernos militares un testimonio del pensamiento de sus poseedores. Los libros eran valiosos para sus dueños y excusas para que los dictadores en turno se los llevaran presos; la gran mayoría de los exiliados renunciaron a sus bibliotecas particulares. Sin embargo, el rescate del significado de la biblioteca busca dejar constancia de la gran relación que existió entre esas bibliotecas privadas abandonadas y los dolores del exilio.

Palabras clave

Bibliotecas privadas, escritores exiliados, peligrosidad de los libros, Mario Benedetti

[...] Por eso recuerdo las cuatro bibliotecas que perdí para siempre; porque cada vez que tuve que irme dejé todo atrás; y hoy aparte de personas que fueron así y ya son de otra manera, lo que más lamento es la ausencia definitiva de los libros que fui juntando por diversos medios, incluyendo los comprados al contado o a créditos generosos y confiados.

ONETTI, 1995

INTRODUCCIÓN

La migración forzada que constituye el exilio, provocada por la desvinculación que el Estado-nación hace con sus ciudadanos a quienes

* Investigadora y docente del Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información (IIBI) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

decide perseguir por razones políticas en lugar de ampararlos como es su obligación, es un desgarró en múltiples planos. La exclusión del país y de su vida política es siempre un gran dolor, un trauma de difícil reparación. Implica la ruptura con núcleos familiares y sociales, de los paisajes conocidos, de los olores y sabores. Implica también el desmoronamiento del mundo intelectual, particularmente cuando el exiliado es un escritor que no sólo es arrancado de sus raíces, sino de su sustento literario y filosófico personal: su biblioteca. Implica la reconstrucción de todo un universo identitario, en las nueva/s tierra/s de adopción y la reconstrucción del respaldo que constituye el saber acumulado, digerido e internalizado en las décadas formativas.

Esa exclusión que constituye el exilio y que semánticamente puede ser designada de muchas maneras, si se tiene en cuenta que Exilio apareció en el Diccionario de la Real Academia en 1956,¹ es vivida por cada individuo de acuerdo a su subjetividad. Todas las experiencias son diferentes, como lo son las historias personales de los seres humanos. Cada uno es único y la manera de asumir la vivencia similar a la de otros individuos también es irreplicable. La del escritor y su mundo poético y novelístico constituye una singularidad. La experiencia puede vivirse como destierro o como transtierro, de acuerdo al neologismo que acuñó Gaos o lo que originalmente fue uno puede transformarse en otro en el correr del tiempo.²

Un tema para abordar el exilio es a partir de las bibliotecas que abandonan sus dueños cuando se van perseguidos de su país y cómo los libros son usados por el poder político para coaccionar a sus enemigos. Desde varios puntos de vista es un asunto que representa el dolor de lo que queda atrás de la partida obligada por las circunstancias. Las bibliotecas y los libros son valores materiales cuyo significado en peso espiritual es bastante abrumante.

Después de un ejercicio de zambullida en el mar de palabras y en la propia vida de un escritor exiliado en varios países, como Mario Benedetti, para encontrar los términos bibliotecas y libros, se obtienen elementos para conocer el significado humano de la materialidad de la biblioteca en su obra.

¹ Luis Roniger, *Exilio y post-exilio: un campo de estudio transnacional e histórico en expansión*, en http://americo.usal.es/iberoame/sites/default/files/roniger_PAPERseminario11_2013-2014.pdf (fecha de consulta: 10 de mayo de 2017).

² Adolfo Sánchez Vázquez, *Del destierro al transtierro*, en <http://biblioteca-samuel.blogspot.mx/2009/05/del-destierro-al-transtierro.html> (fecha de consulta: 10 de mayo de 2017).

Mario Benedetti se exilió de Uruguay y debió abandonar su biblioteca cuidadosamente organizada, en su vivienda en Montevideo. Después, en condición de exiliado, siguió adquiriendo libros en otros países y cada vez que se trasladaba a otro lugar dejaba atrás la biblioteca que lo acompañaba en su vida cotidiana.

Durante aproximadamente doce años Mario Benedetti vivió en Argentina, Cuba, Perú y España³ a consecuencia del exilio, siempre con libros en mano. La biblioteca en Benedetti, como para varios otros grandes escritores, es la personal y los libros son su principal herramienta de trabajo.

Benedetti también tuvo a su cargo una biblioteca institucional que no se refleja en su obra, ni antes, ni durante el exilio, pero que se relaciona con el mismo. El escritor dirigió el Departamento de Literatura Hispanoamericana de la Facultad de Humanidades de la Universidad de la República, entre los años 1971 y 1973 en Montevideo, puesto que debió abandonar para exiliarse.⁴ La biblioteca de la institución no contaba siquiera con una bibliotecaria, sólo con una secretaria por las tardes porque no existía presupuesto para ello, situación que no dejó de ser una preocupación para el director y que expresó en forma personal a trabajadores de otros departamentos de la misma Facultad.

Biógrafos han recordado a Benedetti como un poeta y escritor de la cotidianeidad, de compromiso social y político. Las estructuras generales de la sociedad uruguaya de los años que vivió están inscritas en sus textos, mas no en las bibliotecas institucionales. Sin embargo, su biblioteca personal inspiró un gran poema.⁵

Mi biblioteca es otra humanidad
con patriciados razas personajes
desastres y esplendores del pasado
y lomos gruesos como los de antes

³ Teresa Rosenvinge, "Los pedacitos de patria de Mario Benedetti", en *Cuadernos hispanoamericanos*, núm. 693, 2008, pp. 63-67.

⁴ Fundación Mario Benedetti, en http://www.fundacionmariobenedetti.org/mario_benedetti/vida.

⁵ Este poema fue escrito cuando Benedetti contaba con 83 años, no puede considerarse perteneciente al periodo del exilio ya que corresponde al subconjunto de "Memorias". Sin embargo, confirma el sentir hacia su biblioteca privada en el periodo del exilio porque se refiere a los libros escondidos para evitar la sanción de la censura.

libros para los viejos que se fueron
para los niños que se vuelven padres
libros pesados como diccionarios
unos eternos y otros olvidables

la biblioteca vive en las paredes
me mira suspicaz e interrogante
no está segura de que sea el mismo
que hurgaba en sus manuales hasta tarde

ciertas obras que fueron condenadas
por la censura están en otro estante
cubiertas por la Biblia y el Talmud
y otras mascarillas respetables

mi biblioteca es otra humanidad
plena de rostros dulces o salvajes
pero cuando una noche yo me extinga
mi biblioteca quedará vacante

o vendrán otros ojos inexpertos
que pueden ser espléndidos o frágiles
y libro a libro habrá que sugerirles
cómo es que se cierran y se abren.⁶

Benedetti, para quien la biblioteca era su otra humanidad, siguió abandonando las colecciones que adquiriría, a lo largo de su recorrido después del primer exilio. La historia se repitió más de una vez y debió vivir con la sensación de estar dejando atrás un poco de su felicidad, los libros o anidando la ilusión de integrar otros nuevos. Quizás uno de los episodios más dramáticos fue la quema de libros que realizó, en la primera escalada fuera de su país.

VALOR DE LOS LIBROS Y DE LA BIBLIOTECA PERSONAL PARA BENEDETTI

En el poema “Buenos Aires 1942” recuerda un periodo de trabajo en aquel país. Siendo muy joven comenzó a adoptar como refugio la

⁶ Mario Benedetti, *Existir todavía*, Madrid, Visor libros, 2004, p. 60.

plaza de San Martín, en la gran ciudad, verdadero oasis de serenidad que le sirvió de excursión y de biblioteca: “clavado en el murmullo / yo fui un gran solitario / y como solitario mortifiqué las calles / mis libros lo saben”.⁷

En el año de 1945 regresó a Montevideo donde prosiguió su vida laboral, doméstica y literaria con intensidad, matizada por dos viajes a Europa. Cuando Paoletti le pide que recuerde sus primeras aproximaciones a Europa en los años cuarenta y cincuenta, Benedetti le cuenta el hallazgo, en una librería de Charing Cross, de un libro de Byron firmado por el vicario Bull en una navidad de un siglo atrás.⁸ Sin duda, ese libro era uno de los que formaban parte de la biblioteca personal que atesoraba sus hallazgos, satisfacía su placer de leer y lo apoyaba en su conocimiento del mundo.

Benedetti a veces hace pequeñas alusiones a los libros, la bibliotecaria⁹ y las bibliotecas en su obra, pero no existen palabras inocuas en ella. En su novela *Gracias por el fuego*, escrita en 1965, hay una frase muy corta pero con un gran significado en el relato: “El auto, mi estudio aquí en Punta Gorda, con buena biblioteca y vista al mar [...]”.¹⁰ En el contexto montevideano, los elementos de esta frase son símbolos de una vida muy confortable y de alto valor económico.

“Esta referencialidad constituye, al mismo tiempo, un procedimiento de codificación ideológica: el hecho que el protagonista de la novela, Ramón Budiño, viva en un estudio en Punta Gorda lo clasifica en seguida en la burguesía montevideana”. La alusión a la biblioteca tiene el mismo valor, junto con la vista al mar.¹¹

En definitiva, por medio de una frase muy corta describe una burguesía montevideana. Tanto el padre (Edmundo Budiño) como el hijo (Ramón Budiño) reafirman una pertenencia a esa burguesía, que ya había sido descrita, en otras proposiciones: “Edmundo Budiño es

⁷ Mario Paoletti, *El aguafiestas: la biografía de Mario Benedetti*, Buenos Aires, Seix Barral, 1995, p. 53.

⁸ *Ibid.*, p. 73.

⁹ M. Benedetti, “El surco” (Cuba, 1968), en *A ras de sueño. Quemar las naves*, Madrid, Visor libros, 1999, p. 55.

¹⁰ M. Benedetti, *Gracias por el fuego*, México, Era, 1969, p. 123.

¹¹ Jacques Soubeyroux, “Espacio y tiempo como base para una lectura sociocrítica de *Gracias por el fuego* de Mario Benedetti”, en *Anales de Literatura española*, núm. 4, Alicante, 1985, p. 442.

director de un diario y una fábrica; su hijo Ramón tiene una agencia de viajes, etcétera”.¹²

Si bien la biblioteca personal no es el único símbolo de estatus, juega una reafirmación importante en la novela de Benedetti y es una posesión material de gran valor.

EL EXILIO DE BENEDETTI Y SUS BIBLIOTECAS

*Un escritor exilado es en primer término una mujer o un hombre exilado, es alguien que se sabe despojado de todo lo suyo, muchas veces de una familia y en el mejor de los casos de una manera y un ritmo de vivir, un perfume del aire y un color del cielo, una costumbre de casas y de calles y de bibliotecas y de perros y de cafés con amigos y de periódicos y de músicas y de caminatas por la ciudad. El exilio es la cesación del contacto de un follaje y de una raigambre con el aire y la tierra connaturales; es como el brusco final de un amor, es como una muerte inconcebiblemente horrible porque es una muerte que se sigue viviendo conscientemente, algo como lo que Edgar Allan Poe describió en ese relato que se llama El entierro prematuro.*¹³

JULIO CORTÁZAR

En el transcurso de 1966 en Uruguay se puso fin al sistema colegiado del poder ejecutivo y los Tupamaros realizaron su primera ofensiva. En la década de los sesenta comenzó el descontento social y las revoluciones en toda Latinoamérica, pero “son también años de amor y belleza porque se escribieron o publicaron algunas obras fundamentales”.¹⁴ Benedetti contribuyó a la riqueza de la literatura latinoamericana, pasando además a integrar las filas de los rebeldes latinoamericanos y, como consecuencia de lo segundo y a pesar de lo primero, en 1974 debió exiliarse en la ciudad de Buenos Aires.

A fines de 1974 regresó pocos días a Montevideo en un acto de valentía, pero muy bien pensado y articulado con precisión. El gobierno dictatorial, a través de emisiones en la radio y la televisión,

¹² *Ibid.*

¹³ Julio Cortázar, *Argentina: años de alambradas culturales*, Muchnik, 1984, p. 10.

¹⁴ J. Soubeyroux, *op. cit.*, p. 115.

lo invitó a presentarse ante un juez militar para testificar a favor de su amigo Homero Rodríguez, que estaba preso, con la promesa de otorgarle la libertad. Los montevideanos alertas sobre la respuesta del escritor festejaron su jugarreta. Fueron días de gran nerviosidad entre la intelectualidad uruguaya; una de las preocupaciones era el contacto que tenía Benedetti con su legendaria biblioteca, la cual exponía su persona. Se suponía que si regresaba aprovecharía para llevarse libros. Sin embargo, la respuesta a la dictadura, como lo registra la historia, fue una exhibición de histrionismo y picardía beneditiana inigualable.

Viajó hacia Montevideo en Navidad en un vuelo de una línea escandinava que venía de Europa; gracias a la intermediación de amigos pasó como diplomático en el aeropuerto, primer punto de peligro.

Se presentó inmediatamente, acompañado de su hermano Raúl, con el juez militar. El interrogatorio duró dos horas y salió libre. El amigo soportó la tortura sin mencionar nada que incriminara a Benedetti. Cuando le preguntaron a Benedetti la razón de su exilio en Buenos Aires explicó que estaba allí por la filmación de su novela *La Tregua*. La palabra tregua inquietó sobremanera al juez y después de una hora de ausencia reapareció con otra autoridad y rehízo la declaración que firmaría Benedetti quitando esa sugestiva palabra.¹⁵ Regresó a Buenos Aires el 1 de enero y aprovechando el día festivo pasó desapercibido en el aeropuerto.¹⁶ Como era de esperarse los militares no liberaron a su amigo.

En 1975 abandonó Buenos Aires porque se estaba volviendo peligroso para los exiliados uruguayos. Se refugió cinco meses en Perú trabajando en el diario *Expreso* y un buen día, sin previo aviso de ninguna autoridad, fue conminado a abandonar ese país. Preparó su viaje bajo la mirada atenta de policías que tenían la orden de permitirle que llevara consigo sólo una maleta; en el momento que ellos se durmieron aprovechó para deshacerse de los papeles comprometedores. Al despertar uno de los guardianes le pidió uno de los libros que estaba destinado a ser abandonado y Benedetti le recordó que podría

¹⁵ El juez probablemente no conocía la novela, pero “[...] por esos días el gran rumor político está vinculado, precisamente, a la presunta negociación de una ‘tregua’ entre el gobierno y lo que quedaba de la dirección de Tupamaros”, en M. Paoletti, *op. cit.*, p. 160.

¹⁶ M. Paoletti, *op. cit.*, p. 179.

comprometerlo, pero el policía con cierta preocupación le contestó que esperaba que no ocurriera.¹⁷

En los años 1976-1977 estaba exiliado en Cuba donde integró y produjo libros que se sumaron a las colecciones del Centro de Investigaciones Literarias de Casa de las Américas. Escribió el libro titulado *La casa y el ladrillo*,¹⁸ cuyas páginas entrañables albergan el canto del hombre que se exilia y el homenaje a los países que lo reciben, pero también la historia de su relación con Luz López Alegría, su mujer.¹⁹ (Respecto a ella, en varias ocasiones, en poemas o entrevistas periodísticas dice “que casarse con alguien que lleva la luz y la alegría en su nombre parecía una buena inversión”).²⁰ Entre los versos que abonan a la relación de Benedetti con su biblioteca en esta obra, se encuentra “Croquis para algún día” dedicado al reencuentro con su país en el futuro.

El retorno al país está expresado en este verso bastante extenso en el cual comienza imaginando cada uno de los aspectos del regreso y explicando el reencuentro con su biblioteca. Esa futura cita le produjo miedo y temió la reacción por el abandono en que la dejó: “Por fin junto coraje y asumo la prevista hostilidad de mi biblioteca”.²¹

En la figura poética, Benedetti les otorgó a los libros sentimientos similares a los humanos: “los libros son rencorosos”, como una manera de exculpar su necesidad de ellos. No hay que olvidar que estaba en Cuba y en la novela *Gracias por el fuego* asumió a la biblioteca personal como un símbolo de burguesía.

Dice “siempre pensé que aunque no lo admitiéramos en público mi biblioteca y yo éramos uña y carne así hasta que la muerte famosa analfabeta nos pusiera en distintas madrigueras”. Sin embargo, ante el drama del exilio, el abandono de los libros pierde un poco de protagonismo porque “al exilio no se puede llevar la biblioteca” y tampoco lo que Benedetti llamaba su “egoteca”, que eran las traducciones y ediciones de sus libros.

En uno de los versos del poema dice “por un atardecer en Malvín habría dado dos Shakespeare tres Balzac y todo Toynbee que no es

¹⁷ *Ibid.*, p. 200.

¹⁸ M. Benedetti, *La casa y el ladrillo*, Madrid, Visor, 2001.

¹⁹ M. Benedetti, “Bodas de perlas”, en *ibid.*

²⁰ M. Paoletti, *op. cit.*, p. 63.

²¹ M. Benedetti, “Croquis para algún día”, en *ibid.*, p. 141.

verdurita”.²² Cuando Benedetti está dispuesto a cambiar algunos de sus libros por un atardecer en una playa de Montevideo no les resta valor a los libros, nada más los utiliza y reconoce la importancia de éstos, sin duda menor a una puesta de sol en su ciudad.

El periodo más largo del exilio transcurrió en España, desde 1980 hasta que terminó la dictadura en Uruguay en 1985, donde logró conformar una buena biblioteca personal que siguió alimentando cada año cuando regresaba varios meses a España. En septiembre de 2006 cuando la donó al Centro de Estudios Iberoamericanos Mario Benedetti, de la Universidad de Alicante, contaba con más de 6 000 ejemplares.

Esta cronología indica los más de treinta años que ocupa esta biblioteca en la vida de Benedetti, su atención permanente a la literatura y la sociedad, que son las materias temáticas que la forman principalmente. Ediciones dedicadas de muchos creadores, libros comprados que demuestran sus preocupaciones e intereses, anotaciones en los márgenes de algunos ejemplares que expresan su atención por la poesía contemporánea y por la sociedad en que vivía, volúmenes propios recién editados e inmediatamente sometidos a correcciones y variaciones que señalan su inquietud por el texto; todos ellos conforman esta biblioteca que es reflejo de una parte sustancial de la vida del escritor. Discos y vídeos completan esta donación que revela también la vida cotidiana de Benedetti.²³

La posesión de una biblioteca era para Benedetti una tarea recurrente, como lo prueba esta otra biblioteca alimentada en los años de exilio y desexilio, como llamó a los años de vuelta a la democracia en el Uruguay a partir de 1985. La biblioteca particular era un instrumento del que no podía prescindir.

Benedetti dejó como legado a su muerte, en Montevideo, una Fundación que lleva su nombre, en la que se instaló –según su expresa voluntad– una biblioteca con sus obras publicadas, sus libros personales (más de 10 000 volúmenes), y un museo con sus objetos cotidianos más significativos.

²² *Ibid.*

²³ “La biblioteca madrileña de Mario Benedetti”, en Centro de Estudios Iberoamericanos Mario Benedetti, en <http://web.ua.es/es/centrobenedetti/la-biblioteca-madrilena-de-mario-benedetti.html> (fecha de consulta: 16 de enero de 2015).

EL VALOR DE LOS LIBROS COMO TESTIMONIO
E INSTRUMENTO POLÍTICO

Es probable que la biblioteca personal que quedó en Uruguay es un dolor para casi todos los otros uruguayos escritores que debieron abandonar el país, e incluso para cualquier intelectual exiliado, debido a la imposibilidad de trasladar ese bagaje cultural —porque no es fácil, ni barato— que formaba parte de su cotidianidad. Muchos de los emigrados políticos de Uruguay eran en general trabajadores intelectuales y dependían de sus libros para los saberes que desarrollaban.

El comienzo de la dictadura movilizó la vida de los uruguayos y aquellos que podían ser sospechosos o inculcados de sediciosos debían combatir los signos que pudieran delatarlos como pertenecientes al grupo que la dictadura no toleraba y deseaba tener entre las rejas. Es por eso que se revisaban las bibliotecas personales en las casas particulares por la posible visita de “las fuerzas conjuntas”²⁴ y salir bien librado de ella, éstas no debían encontrar prueba alguna sobre lecturas consideradas peligrosas —por el grupo militar en el poder— que pudieran ser testimonios de la ideología de sus habitantes. *Mi lucha* de Hitler podía quedarse, pero no los contrarios. Esta mascarilla no era tan inocua como la Biblia, ni el Talmud de la biblioteca en el poema de Benedetti, pero la censura marcó la vida y destruyó las bibliotecas personales de muchos uruguayos.

Hace un par de años se publicó la segunda edición corregida del libro *Nueva historia universal de la destrucción de libros* y en esa obra su autor Fernando Baéz nos dice:

El libro es destruido porque es una extensión de la memoria y de la imaginación y por lo tanto soporte identitario de los pueblos. La demolición del libro ostenta un siniestro valor simbólico: se trata de la demolición de

²⁴ “Pacheco resolvió que los organismos de seguridad policial no eran confiables para detener la ‘subversión’ y conformó, el 9 de septiembre del año 1971, las Fuerzas Conjuntas. Se trató de un órgano dirigido por los comandantes en jefes de las tres armas, ejército, marina y fuerza área encargado de coordinar todos los cuerpos policiales del país. De esta manera involucró a las Fuerzas Armadas a un plano superior del enfrentamiento político”. Ana Buriano Castro, “Uruguay 1968: una nueva mirada histórica cuarenta años después”, en *HAOL*, núm. 19, 2009, pp. 129-138.

la memoria del otro, el libro no es destruido como objeto físico sino como vínculo de memoria.²⁵

El libro de Baéz basa su historia no en el libro, sino en el hombre porque es el principal destructor.

Las guerras de conquista, las religiosas y las étnicas, los regímenes represivos, la soberbia de la censura y de la intolerancia, la vanidad megalómana, el despiadado purismo cultural, el fútil intento de borrar el pasado o negar al otro, al distinto, son todas formas de la estupidez humana capaces de infligir los mayores daños.²⁶

En el siglo II A.C., Seleuco, al ser nombrado rey de Babilonia, ordenó quemar todos los libros porque “quería que el cálculo del tiempo comenzara con él”.

En la historia de México sobresale la quema de los manuscritos o códices mayas por el sacerdote Diego de Landa, en Yucatán, el 12 de julio de 1562. “Nosotros queremos destruir las bibliotecas, los museos, las academias de todo tipo”, gritó unos siglos después Filippo Tomasso Marinetti al fundar la estética futurista. Hitler quemó libros de autores judíos desde 1930 a 1945. No hay diferencias entre ellos, la destrucción de libros los une a todos.

La dictadura uruguaya aunque no realizó quemas públicas de libros sí utilizó, en cierta manera, la coacción sobre las lecturas permitidas.²⁷

El mismo Benedetti quemó libros obligado por las circunstancias, pero no podemos acusarlo de biblioclasta. Al comienzo del regreso del peronismo al poder, en mayo de 1973, las noticias eran alentadoras para los exiliados uruguayos. Sin embargo, los sectores más reaccionarios se apoderaron de los cargos en el gobierno argentino y comenzaron la represión que se intensificó una vez Isabel Perón en el poder, el 1 de julio de 1974.

En esos tiempos una caída de Benedetti le provocó un rompimiento de retina, de la que fue operado en Buenos Aires. Mientras se

²⁵ Fernando Baéz, *Nueva historia universal de la destrucción de libros*, Barcelona, Destino, 2011, p. 47.

²⁶ *Ibid.*

²⁷ M. Paoletti, *op. cit.*

encontraba convaleciente, una amiga suya le avisó en forma velada de una operación rastrillo de la policía.

Mario maldice a la policía, a su exilio y a su ceguera por ese orden. Es preciso quemar todo lo que pueda incriminarlos, pero él no puede ayudar a Luz más que con sus recomendaciones.

Poco a poco se van haciendo humo los *Relatos del Che*, la *Segunda Declaración de La Habana*, números del diario *Noticias* y de la revista *Militancia*. Todo eso se puede comprar en un kiosko de la calle, pero ya se sabe que la legalidad y los operativos rastrillo tienen poco que ver. El humo le hace toser. ¿No te hace mal a los ojos?, se preocupa Luz. Puede ser dice Benedetti, pero lo primero es lo primero.²⁸

El matrimonio abandonó la quema de libros a las pocas horas, porque la misma amiga les avisó que ya había pasado el peligro.

La historia de libros personales quemados tanto en Argentina como en Uruguay, tal cual explicó Paoletti en el párrafo anterior, fue común en esos años. Todavía existían visos de legalidad de los gobernantes y la excusa para la aprehensión de los opositores al nuevo régimen político podía provenir del tipo de literatura que se poseyera en las casas, como testimonio de ideología. No se podían quemar libros en forma masiva, debía hacerse con lentitud y cuidado para no levantar sospechas con un humo denso saliendo de las chimeneas de las casas.

CONSIDERACIONES FINALES

Sin duda, el exilio de intelectuales y científicos latinoamericanos y en el caso particular de Uruguay en el transcurso del siglo XX estuvo marcado por el abandono de su biblioteca personal.

Ésta está cambiando y los libros digitales ganando terreno, probablemente en un exilio del siglo XXI no tuviera el papel protagónico que tuvo a lo largo del siglo XX, por eso merece la pena dejar testimonio de lo acontecido: sobre la posesión de libros considerados subversivos o peligrosos, como una amenaza para la seguridad de sus

²⁸ *Ibid.*

poseedores y los sentimientos de los exiliados hacia sus bibliotecas abandonadas, que afloraron y fueron plasmados en sus obras.

Benedetti supo recoger los sentimientos alrededor del exilio y de las bibliotecas con una esclarecedora y digna belleza, pero también del exilio en cuanto al abandono y reencuentro absolutamente humano. Benedetti exploró a profundidad el tema y en uno de los muchos cantos que lo expresan dijo “Obligado o voluntario el exilio tiene también, algo de patria, segunda patria, claro. Y cuando nos propone su alrededor de prójimos, entramos en su gracia. Y damos gracias”.²⁹

Es bueno recordar que la obra literaria de Benedetti trascendió a otras expresiones, entre ellas a la música y, entre sus poemas musicalizados por Alberto Favero e interpretados por la estridente voz de Nacha Guevara, también se cantó al exilio “te quiero en mi paraíso / es decir en mi país / la gente viva feliz / aunque no tenga permiso”.

²⁹ M. Benedetti, “Desde lejos”, en *Vivir adrede*, México, Alfaguara, 2008, p. 63.